

PATRICIA HERVÍAS
PERDIENDO
EL JUICIO



Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Planetadelibros.com





*A Daniel, porque la inocencia de una sonrisa no se compra,
se disfruta*

1

«No aprenderé nunca, eso lo tengo más que claro. Lo peor de todo es que sé que debo poner fin a este tipo de despertares de una vez por todas.»

¿Por qué, en cuanto fui consciente de que ya no estaba durmiendo, me dije eso? Porque el martilleo, constante e in crescendo, iba a acabar matándome definitivamente y sin ningún tipo de remordimientos.

Acerqué el reloj a lo que intentaba que fuera lo más cerca de cualquiera de los dos ojos, el que reaccionara primero.

«Nota mental: desmaquillarse antes de acostarse. Fin del recordatorio.»

Fue el más pegado a la almohada el que, después de un pequeño esfuerzo, se abrió por completo.

—¡Joder! —solté a la par que intentaba incorporarme en la cama.

Era tardísimo y a primera hora tenía que estar en el juzgado para revisar una documentación relativa a uno de los juicios que estaba a punto de cerrar; ni siquiera tenía redactada la mitad de la sentencia.

Bostecé intentando desperezarme mientras me preguntaba cómo era posible que sintiera una ligera comezón en la entrepierna... como si alguien hubiera estado rozando allí su barba cual lija de pulir madera de cedro.

—Buenos días, nena.

Creo que pegué el grito más grande que nunca antes se había oído. Ni en una película de Wes Craven, vamos.

No quería mirar; no, no, no...

Me prometí, aunque sabía que se trataba de otra mentira más, que eso tampoco volvería a pasarme. Otra noche más en la cama de alguien y sin acordarme de nada recién levantada.

Voy a explicarme, porque, si no lo hago, esto puede interpretarse como algo que no es. El tema está en que, cuando duermo, lo hago de verdad. Reseteo de tal manera mi cerebro que no me centro hasta que no pasan unos minutos después de tener *el ojo* abierto. ¿Qué quiere decir esto? Que no me voy borracha a la cama y luego no me acuerdo de con quién he estado, no. Simplemente tengo muy mal despertar, lento, y eso es lo que me estaba pasando en ese instante.

No era consciente de dónde estaba, pero, por lo visto, no era en mi cama. Así que tenía dos salidas: una, esperar a recordar, y ya lo estaba haciendo; dos, darme la vuelta para ver con quién y dónde había pasado la noche.

Sin malgastar un segundo más, pues no estaba para perder tiempo, me incorporé definitivamente y, al girar el rostro, me encontré con la mirada de un tipo con carita de perrito desvalido. Y sí, tenía barba, por ello entendí lo de mi entrepierna. Me sonreía con aspecto somnoliento. No estaba mal, pero que nada mal... y de pronto mi memoria funcionó a la perfección.

La noche anterior había salido de fiesta con las chicas; teníamos pendiente celebrar que, después de mucho estudiar, hacía ya un tiempo que había conseguido aprobar la oposición para ser jueza. Lucía había venido a pasar unos días a Madrid, y esa noche había dejado a su pequeño con Rodrigo en casa de sus padres. Lourdes había regresado de México por unas semanas, para visitar a sus familiares, y Nuria aprovechó la conjunción para aparcar a su marido. Llevábamos sin vernos casi un año, el tiempo que hacía que Lourdes se había casado, y por eso la celebración había quedado pospuesta hasta ese momento.

Fue una noche memorable y, claro, cuando ellas decidieron retirarse a sus reales aposentos, a mí me estaba tirando la caña un hombre que estaba de toma pan y moja. Por supuesto, soy la única soltera del grupo y he de aprovechar las oportunidades que la madre naturaleza pone frente a mis ojos. He de dar rienda suelta al calentamiento global humano que mi cuerpo desprende.

—Alfonso... —Lo miré timoratamente, temiendo que me hubiera equivocado al recordar su nombre.

—Eso es —asintió a la vez que se acercaba con la rapidez de un halcón a colocarse en posición de cucharita y situaba una mano en uno de mis pechos, para ser exactos, a excitar un pezón, y la otra se entretenía en mi sexo...

«Pero qué bien que me está sentando este despertar tan... pero ¿qué hace? Me ha girado, me ha puesto boca abajo, he oído cómo rasgaba un preservativo y, ala, ¡todo para dentro!»

—Buenos días, rubita juguetona. —Se dirigió a mí con suavidad, mientras ponía sus manos en mi cintura, levantándome para colocarme a cuatro patas.

Así me penetraba con más fuerza, mientras sentía cómo una de sus manos me apretaba un pecho y acariciaba con la otra mi clítoris con destreza.

Ni dolor de cabeza, ni naranjas de la China. «¡Buenos días, mundo!», como diría Mafalda.

«Más despertares follando y menos jodiendo.» A ver, esto sí que no lo diría ella.

¡Mi madre!, no sabía lo que ese tío estaba haciendo exactamente con su cuerpo y el mío, pero, en menos de cinco minutos, un orgasmo intenso recorrió todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Grité mucho y apreté con fuerza las sábanas, que acabaron enrolladas entre mis manos. Poco después se corrió él y se dejó caer sobre mi espalda.

Fue uno de esos polvos mañaneros arrolladores que hacen que no se te quite esa sonrisa de gilipollas que se te

pone después de follar. Sí, porque eso era lo que había hecho, y en ese momento lo recordaba... pasar toda la noche follando sin parar con ese tío, y acabábamos de rematarlo con una de las posiciones que habíamos probado un par de veces.

Lo aparté de mí con brusquedad, para qué mentir, y lo miré a los ojos. La verdad era que el tío estaba bueno a rabiar.

—¿Puedo darme una ducha?

Vi cómo se quitaba el condón y hacía un nudo para dejarlo al lado de los otros ¿cuatro?

—Claro; si me esperas, me ducho contigo y si quieres... —Volvió a insinuar otro polvo.

«¿Este tío ha tomado Viagra o qué?»

— No, lo siento; tengo que marcharme inmediatamente.

Lo dejé planchado.

—Pero si hoy es sábado y sólo son las ocho.

—Lo sé, y de verdad que me quedaría. —Como para no deseárselo, después de lo bien que me lo había hecho.

—¿Entonces?

—Trabajo; tengo que ir al juzgado a las diez de la mañana para terminar una sentencia.

—O sea, ¿realmente eres jueza? —Se estiró en la cama, poniendo los brazos detrás de la nuca y mirándome.

—Claro.

—Pensé que lo decías para vacilarme. —Sonrió.

—Pues no, ya que soy de las de «juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad»...

—Eso no se dice en los juicios. —Se levantó de la cama desnudo y dio la vuelta, para ponerse donde yo estaba.

—*Touché!* —respondí vacilona.

—Pues podemos hacer una cosa —sonrió de medio lado—: nos duchamos —abrí la boca para decir algo, pero me la tapo con la suya— y prometo dejarte en el juzgado a

las diez menos cinco —sentenció, echándose sobre mí y bajando directamente a mi sexo para perderse en él.

2

Efectivamente, a las diez de la mañana entraba por la puerta del juzgado con cara de mal dormida y resacosa, pero con la piel reluciente. No, mi aspecto no lo mejoraba el café que llevaba entre las manos, pues ciertamente parecía una fiestera preadolescente.

Que sí, que soy muy buena en mi profesión, pero creo que muchos de mis compañeros aún no me toman demasiado en serio. A ver, que soy un poco muy mía, y tal vez ésa no sea la imagen que todos esperan de un juez. Me gusta divertirme, ser feliz, salir, entrar y, sobre todo, sonreír a todo el mundo. Y, ¿qué carajo?, bajo la media de edad de este juzgado, que la persona que más se acerca tiene cincuenta y muchos, pero también he de decir que es la única, pues es una fémína, que me sigue el ritmo.

Amparo es una de las mujeres más divertidas que me he encontrado en la vida. Lleva más de veinte años en el juzgado y se conoce a todo el mundo del ámbito legal, buenos y malos. Me aceptó casi como a una hija, pues ella misma sufrió esas miraditas airadas por parte de sus compañeros años atrás. ¿Lo que más me gusta de ella? Nunca dice que no a una copa después del trabajo.

Gracias al cielo no había mucha gente por los pasillos; suficiente para poder entrar en mi despacho, casi a hurtadillas, y ponerme la toga. Sí, siempre ayuda mucho ir vestida de negro por completo; estiliza un montón y, además, disimula la ropa de fiesta del viernes noche.

Oí unos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Era Amparo.

—Claro.

—Hija mía, ¡qué cara!

Cerró la puerta detrás de ella y caminó hacia una de las sillas que tenía delante de mi escritorio.

—¿Qué pasa? ¿Tengo corrido el rímel?

—¿Corrido el rímel? —Una carcajada inundó el espacio—. Yo creo que deberíamos dejar el rímel y hablar de lo otro...

—¿En serio se me nota tanto?

—Querida, más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y yo, eso de viejo, lo llevo muy bien.

Amparo me guiñó un ojo.

—Exagerada.

Abrí el cajón que tenía más a mi derecha y saqué un espejito para mirarme bien. No logré encontrar nada fuera de su sitio.

—Ojeras y una piel reluciente. Café en la mesa y —se acercó un poco más para mirar en la papelera— un envoltorio de paracetamol de un gramo.

—Deberías haber sido investigadora en vez de jueza.

Me eché hacia atrás en la silla, recolocando la toga.

—Lo sé, cielo. Pero, además, ¿qué coño haces con la toga puesta en el despacho? —preguntó, como si esa cuestión fuera dirigida a sí misma, pues se iba a responder ella solita—. Esconder la ropa del delito, pues llevas la misma con la que saliste anoche. Tú, con tacones, pocas veces vienes al juzgado.

—Lo dicho. Cuánto ha perdido la Guardia Civil por decidirte a ser jueza.

Volvió a proferir una carcajada de las que hacen historia.

—Bueno, ¿me he equivocado? —planteó.

—No. Anoche salí con las chicas y ya sabes aquel dicho de pájaro que corre o vuela...

—... pa la cazuela —terminó la frase.

—Pues eso, que he pasado una noche fantástica y una mañana bastante agradable.

—La mía tampoco ha estado nada mal...

—¿Tú?

—No, mi abuela. —Se hizo la ofendida y le sonreí—. Nena, que yo, a pesar de mis cincuenta y algunos años, estoy de buen ver —finalizó la frase levantándose de la silla y dando una vuelta sobre sí misma.

—Sí, señor. De muy buen ver.

Hice el silbidito típico de un piropo.

—Qué payasa eres. —Subí los hombros, dándole a entender que eso era lo que había y no más—. Pues, lo que te decía, que yo también he conocido a alguien y me ha dado un par de meneos que me ha *dejao despeiná* para un par de días.

—Oye, oye, oye... Para que un maromazo deje *despeiná* a Amparo, debe de estar como para chuparse los dedos.

—Pues sí, y esta noche me ha invitado a una fiesta. ¿Te apuntas?

—¿Yo? —El ambiente en el que se movía la jueza era demasiado elitista para mi gusto—. ¿No voy a estar un poco fuera de lugar? Ya sabes que tu gente y yo...

—Ven. En serio, te lo pasarás bien. Piensa en el champán y el caviar.

—Bueno —miré el ordenador, que hacía rato que estaba encendido—, ya te diré algo esta tarde. ¿Sobre qué hora sería?

—Más o menos a las diez de la noche; puedo pasar a buscarte, así no tienes que preocuparte por nada.

—¿No será una encerrona de las tuyas? —Me mostró una expresión de sorpresa—. No me pongas esa cara, que la última vez me presentaste a unos veinte solteros de oro...

—No, de verdad que no, lo prometo. Es más, no sé ni de qué tipo de fiesta se trata, porque a Manuel lo conozco

de los juzgados, no tenemos amistades en común.

—De acuerdo. Anda —moví la mano haciendo el amago de echarla del despacho—, tengo que terminar esta sentencia y pasarla a la secretaría antes de una hora. ¡Fuera!

—Me voy, me voy...

Hora y media más tarde, muerta de sueño y cansada, terminé de hacer todo mi trabajo. Odiaba las sentencias de divorcio «por lo criminal». Llamaba de aquella manera a los contenciosos que no llegaban a ningún acuerdo y luego, con toda la documentación, me tocaba a mí hacer de rey Salomón. Era mi trabajo, no me quedaba otra, pero, cuando firmaba esa clase de sentencias, tenía la sensación de no haber hecho bien las cosas. No sé...

Un sonido me sacó de la modorra en la que me había sumido al recostarme en el sillón; mi teléfono móvil me reclamaba insistentemente. En la pantalla, el nombre de Lucía aparecía obstinado. Lo cogí, aun a sabiendas de que mi adorada cabezadita se estaba yendo al traste por segundos.

—Hola —respondí sin entusiasmo.

—Uy, qué alegría tiene tu cuerpo, Macarena. —Dicho esto, oí de fondo unos coros que decían «ehhhh, Macarena», así que debían de estar de nuevo todas juntas—. ¿Ya has acabado?

—Buenos días a ti también, amiga mía del alma querida, y sí, he acabado hace un rato, ¿por?

—Pues porque estamos en la placita que hay detrás de los juzgados, tomando algo.

—Estaré allí en diez minutos, pedidme un bocata de beicon. —No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento.

—¡Ole las mañanas fuertes! —añadió Lucía, y rio a través del teléfono.

—¿Qué le pasa a la insípida esta? —gritó Lourdes de fondo.